

Primer domingo de Adviento.

Marcos 13,33-37:

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

«Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento.

Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara.

Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer;

no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos.

Lo que os digo a vosotros lo digo a todos: ¡Velad!»

Señor, aunque sé que siempre estás conmigo, no deja de sorprenderme cuando en medio de mi trajín diario, en el momento más imprevisto, te cruzas en mi camino. A veces es a través de una persona, un gesto, una palabra, una canción o un recuerdo, que me vienen de repente y “¡zasca!”, me llevan a ti.

Esos momentos nunca me dejan indiferente. A veces me llenan de paz y otras veces me dicen, “espabila”, “cambia el rumbo” y me dejan confuso. En estas ocasiones incluso diría que aprovechas la ocasión para hacerte el “inoportuno”.

Pero sea como sea mi corazón ansía esos momentos en los que te siento conmigo más intensamente. No quiero perderme ninguno de ellos.

Señor ayúdame a mantener mi alma atenta y despierta. No quiero caer en la rutina, ni dejarme llevar por el ritmo frenético en el que vivo. No deseo que otras tareas y preocupaciones distraigan mi corazón. No sea que acabe por no darme cuenta de tu presencia y de los pequeños detalles que me rodean y me hablan de ti.

Siento que me regalas este tiempo de Adviento especialmente para enfocar mi atención en tu presencia en mi vida. Gracias por esta oportunidad. Te pido que incluso las circunstancias tan difíciles que nos ha tocado vivir este año sean oportunidad que me ayude a centrar mi vida en lo que quiero que sea verdaderamente importante.

Cuento contigo.